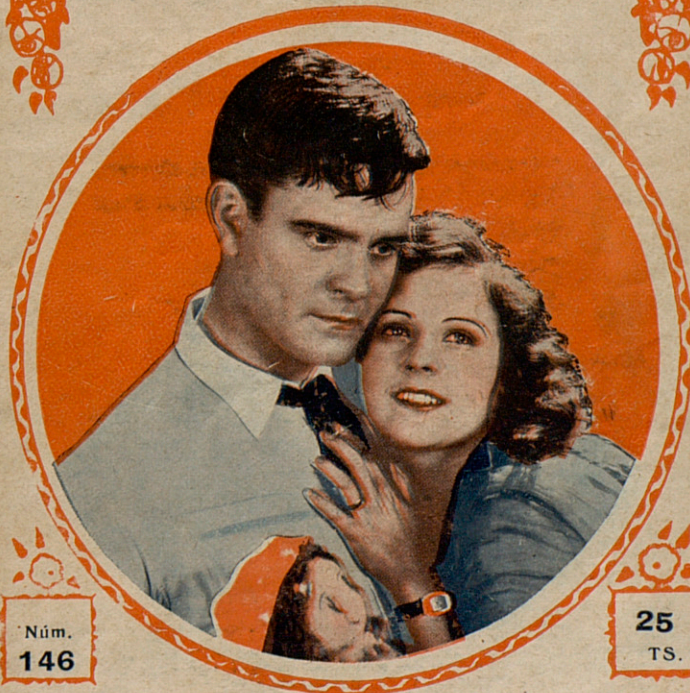


FILMS
DE AMOR
SOLEDAD



Núm.
146

25
TS.

BÁRBARA KENT - GLENN TRYON



FEJOS, Paul

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 146

SOLEDA D

(LONESOME, 1928)

Adaptación en forma de novela de la grandiosa y sentimental película del mismo título interpretada por los simpáticos artistas cinematográficos

GLENN TRYON
Y
BÀRBARA KENT

Versión literaria de C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL
Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233

Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

En trágico contraste con su dinamismo y su estruendosa vitalidad, nada tan yerto y tan desconsoladoramente inanimado que el despertar de una gran ciudad.

Millones de seres van a reanudar su cotidiano trabajo. Cuando el sol se levanta y desvanece las brumas del amanecer, la ciudad, empieza a desperezarse como si fuera un cuerpo vivo, un monstruo inmenso.

Las calles principian a poblarse de gente; empiezan a trepidar las máquinas; reanudan sus febriles actividades los que luchan; los hombres se convierten en máquinas y parece que sólo le anima el ardor, la prisa, la actividad desenfrenada...

-En este torbellino de la vida, entre millones de semejantes, es donde la mayor desventura es la soledad. Cada cual va a lo suyo y entre la inmensa muchedumbre hay seres

que viven dentro de sí, sin relaciones con los que les rodean, como si no les uniese con ellos más que el vínculo del trabajo.

Así le ocurría a Mary, la joven telefonista, huérfana de todo cariño, sin parientes ni amigos. Tenía alquilado un pequeño cuarto en uno de los populosos barrios de la gran ciudad y su vida se reducía a trabajar, comer y dormir, sin que el menor incidente alterase su monótona existencia.

Jim era también otro solitario. Manejaba un taladro en un taller de construcciones. Aquel aparato simbolizaba su vida, reducida a las pequeñas y vulgares funciones cotidianas. Llegaba por la noche a su cuarto rendido de fatiga; levantábase por la mañana al rayar el alba; desayunaba en el bar y luego se dirigía al trabajo, donde, por espacio de ocho horas, se dedicaba a taladrar flejes de hierro. Jim no comprendía que la vida tuviese otra misión que la de comer, dormir y taladrar unos hierros... De cuando en cuando, se salía de esta monotonía, montando aparatos de radio.

Sumergidos en la continuidad de las cosas vulgares, estos dos seres formaban dos células, dos átomos entre los miles de seres que vivían acoplados a la gran máquina, sin que nada viniera a alterar el ritmo de sus vidas.

Sin embargo, para todos hay días resplan-

decientes, fechas memorables en las que la fortuna, el destino o lo que sea, marca con un destello de felicidad, haciéndoles sentir el deslumbramiento del amor. En lo íntimo de su alma esperan confiadamente ese día que fatalmente ha de sobrevenir y desde aquel momento su existencia sufre una transformación. Entonces, es cuando más se cree en la existencia de un Ser Superior...

.....

¿QUEREIS SABER VUESTRO PORVENIR

No deje de leer:

**PASADO, PRESENTE Y PORVENIR
POR LAS RAYAS DE LA MANO.
LO QUE DICEN LAS PANTORRILLAS
¿TENEIS EL CABELLO CASTAÑO
¿ES USTED RUBIA? ¿ES USTED RUBIO?**

Precio del libro: **25** céntimos

Si no los encuentra en su localidad, pídaos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

II

MARY

El sol entraba por la ventana, a través de las cortinas de muselina, y la joven dormía aún. Sus largos cabellos negros, untuosos, envolvían su rostro como un marco que hacía resaltar la blancura de su cutis. Las facciones eran regulares y formaban un rostro encantador en el que descollaba el brillo de unos ojos que reflejaban un alma tranquila, apacible...

Aquellos ojos negros se abrieron y el cuerpo se incorporó ligeramente. El reloj marcaba las siete y media y Mary, que al principio se había alarmado, se quedó tranquila y saltó de la cama.

Desperezóse y empezó a vestirse apresuradamente. Viendo a Mary, uno no comprendía cómo era posible que esta muchacha no hubiese encontrado novio. Sin embargo, ésta

era la verdad; Mary no tenía novio. También es verdad que tampoco se preocupaba mucho por esta omisión...

Mary cortó el papel del calendario. Era día 3, y sábado. Recordó que aquella fecha le había sido siempre favorable y bastó esta pueril coincidencia para inundar su ánimo de buen humor. Además, dábale la circunstancia de que era sábado y sólo trabajaba por la mañana. Tenía, pues, medio día libre, podía disponer libremente de cuatro horas y como esto sólo ocurría una vez por semana, esos días iba al trabajo del mejor humor.

Se puso delante del espejo y se arregló unos rizos que se obstinaban en caer sobre la frente. Después se colocó un pequeño sombrero de a dólar cincuenta y se encontró guapa...

Mary se lanzó a la calle, en dirección al bar donde desayunaba. Se encaramó en el alto taburete del mostrador y engulló apresuradamente su comida. Se había retrasado un poco y era cuestión de recuperar el tiempo perdido.

En la esquina del metro compró el periódico a su amigo vendedor. Ella le daba ese nombre porque todas las mañanas se saludaban con una sonrisa apática. Como era un

hombre lisiado, sin piernas, Mary sentía por él una ternura infinita...

Después se hundió en la escalera del metro, por donde circulaba un tumultuoso torrente humano, impulsado por la prisa, llevados caprichosamente por esas dos pequeñas flechas de las esferas del reloj. Aquí la perdemos de vista...

VA ESTÁ A LA VENTA

La segunda edición de
EL DESFILE DEL AMOR
 (El mayor éxito del año)
 Precio 1 pta.

— PEDIDOS A —
 Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
 Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
 céntimos para el certificado.

III

JIM

En el mundo existe un hombre que se llama Jim... Debemos aclarar esto: existen en el mundo muchos Jim, pero hay uno, particularmente, que es el que nos interesa.

Este Jim no se diferencia en nada de sus homónimos. Sin embargo, cada cual tiene su vida y la de Jim era tan suya, estaban tan íntimamente relacionada con él, ambos eran tan inseparables que a nosotros nos parece que podemos hablar de Jim como de algo extraordinariamente original...

Este Jim, el de nuestra novela, tenía alrededor de 25 años. Veinticinco primaveras se habían incrustado en su piel y se la habían tostado un poco. El pelo rebelde, hostil a toda goma, los ojillos vivos y pequeños, la barbilla saliente, la nariz caída como si se obstinase en enfiar los zapatos, el cuerpo ágil y de una flexibilidad extraordinaria, cuya facultad le había permitido muchos éxitos. Este es el retrato de nuestro Jim.

Nadie, aun los contorsionistas más expertos, es perfecto en la vida. Jim tenía un defecto de ser un gran dormilón, cosa que le había acarreado muchos disgustos.

Aquella mañana estaba plácidamente entregado al más dulce de los sueños. Soñaba que viajaban en un vagón cama. Oía distintamente el ruido del tren, los silbidos de la locomotora... Esto no le permitía conciliar el sueño, por lo que estaba desasosegado. De pronto—en el sueño—, entró en la cabina un empleado negro: “¿Qué desea el señor?”, le dijo. “¡Que me sirva el desayuno: huevos con jamón, mermelada de ciruela y un vaso de leche grande!”, ordenó Jim con displicencia. Cuando el criado del sueño se marchaba, Jim le preguntó: “Oiga, amigo, ¿qué hora es?” “Las siete y media, señor.” Jim dió un salto sobre la litera, un salto de acrobacia magnífico, al mismo tiempo que gritaba: “¡A esa hora ya tendría que estar en el taller!”

Esta impresión le despertó. Su cerebro volvió a funcionar equilibradamente o, mejor dicho, empezó a funcionar regularmente, puesto que se había despertado y lo primero que Jim hizo cuando estuvo en posesión de sus facultades intelectuales, fué consultar el reloj que marcaba, exactamente, las siete y media.

—¿Cómo es eso?... ¡Yo, anoche, puse el despertador a las siete!—exclamó examinando

do el reloj hasta notar que, si bien era cierto que había hecho la indicada operación, no era menos cierto que había dejado el timbre del despertador cerrado.

Dió un salto y empezó a vestirse apresuradamente. Quien más quien menos, es muy experto en eso de vestirse aprisa, pero Jim era una notabilidad. En unos segundos estuvo en traje de calle. El tiempo le venía tan escaso, que no podía afeitarse ni hacer su media hora le gimnasia. Salió como una bala por la escalera, fué a parar a la calle y en una corrida se metió en el bar.

—¡A ver! ¡Huevos fritos con jamón, mermelada de ciruela y un vaso de leche grande! —gritó al mozo.

Cuando tuvo la bandeja con todo lo que había pedido, empezó a engullir, a devorarlo como el más hambriento de los carnívoros.

—¿Por qué comes tan de prisa, Jim? ¡No ves que así no les vas a encontrar el gusto! —dijo el dueño del bar, que se lo estaba mirando.

—¡Eso precisamente es lo que quiero! —replicó el joven.

Una vez hubo terminado el desayuno salió corriendo hacia el metro. Era una de las horas de más aglomeración. Los empleados se dirigían a sus ocupaciones, y ya se sabe lo dormilones que son y las prisas que luego les

vienen. Fué un triunfo poder coger un tren, a fuerza de empujones.

El feliz mortal que no haya viajado nunca en nn metro, por cuya circunstancia le damos la felicitación más efusiva, no sabe lo que es esto. Para hacerle aproximar un poco a la realidad, le sugerimos la idea de una lata de sardinas, en la que normalmente cupieran diez y el fabricante hubiera logrado hacer caber veinticinco. Esto es el metro en las horas de más tránsito.

Ahora bien: las cajas de sardinas huelen corrientemente a sardina y nada más, olor que, si bien tiene sus inconvenientes, no es tan desagradable como las diversas emanaciones que se respiran en el metro. A Jim le tocó un sitio en el que se asfixiaba uno. Corría por allí un olor nauseabundo, cuya procedencia se ignoraba. Jim se hacía sospechoso ante los ojos de los pasajeros circundantes porque estaba comiendo un buñuelo procedente del desayuno. Todos le miraban como si cada cual tuviese mentalmente la idea de asesinarlo.

—¿De qué estarán hechos estos buñuelos? —dijo uno, el más inmediato.

—De harina, amigo... ¿Usted gusta?

—No, gracias... —respondió el otro, haciendo un gesto de repugnancia.

Por fin, descubrió que las emanaciones provenían de un caballero judío que estaba sen-

tado a su lado y que tranquilamente engullía un magnífico queso Camambert. Como a Jim le interesaba dejar las cosas en su punto, llamó la atención por medio de guiños a los circunstantes y dijo en voz alta, a fin de que todos se enteraran:

—En la próxima guerra, ya sé qué clase de gases asfixiantes van a emplear...

Jim llegó al taller con media hora de retraso, pero pasó inadvertido por el encargado y cuando se sentó ante su taladradora, forzó la marcha para recuperar el tiempo perdido.

IV

¡SABADO!

¡La tarde del sábado! Horas preciosas de libertad y de holganza... Horas de alejamiento y distracción de la diaria rutina...

Por fin, Mary, en la central de teléfonos, fué reemplazada por la sustituta y se volvió

a poner el sombrerito de a dólar y medio. En el lavabo, las muchachas reían y bromeaban alborozadas.

—¿Dónde vas esta tarde?—decíanse una a otra.

—Voy al campo.

—Iré al cine.

—Pues yo iré de compras.

—Yo saldré a pasear con mi novio... No sé dónde iremos...

Cada una tenía sus planes, sus propósitos, sus ideas... Era el día de tregua en que uno se reconforta el espíritu y goza de la vida, después de una larga semana de trabajo...

Mary salió juntamente con dos compañeras. En la puerta les aguardaban a ellas sus novios, unos muchachos jóvenes que le fueron presentados.

—Esta tarde nos vamos de excursión por el río... "Quieres venir?"—dijole una de ellas.

Mary se excusó. Comprendió que no tenía derecho a estorbar la felicidad de la pareja. Uno de los muchachos le dijo:

—Anímese y venga con su novio... En la barca habrá sitio para los seis...

—Es que no tengo novio...—hubo de confesar Mary, ruborizándose.

—Eso sí que no me lo creo...—dijo el joven—. Una muchacha tan bonita como usted debe tenerlo forzosamente.

—Pues yo le aseguro que no.

Su amiga, la novia de su interlocutor, se puso por medio... El compañerismo es compatible con los celos...

—Anda, vamos aprisa, porque, si no, se nos hará tarde...

—Adiós, ¿eh? Que os divertáis mucho...

Y se despidieron. Mary les vió marchar. Iban alegres, bromeando, henchidos de felicidad y esto le causó cierta envidia. "¿Por qué no podré ser como ellas?", pensaba, mientras se encaminaba hacia el restaurant donde comía.

A la misma hora, Jim dejaba el trabajo y salía con un compañero. Al llegar a la calle, se acercó a ellos la novia de su camarada, que todos los sábados le iba a buscar.

—Esta tarde nos vamos al campo... ¿Quieres venir con nosotros?—dijo su compañero.

Iba Jim a decir que sí, cuando echó la vista sobre el botón que su amigo ostentaba en la solapa, en el que había escrita una leyenda que decía: "El oncenno, no estorbar".

—Gracias, pero... no puede ser. Estoy citado con una chica que es un encanto—y al decir esto, Jim guiñó el ojo picarescamente.

—Entonces, buena suerte.

—Igualmente. ¡Y divertirse!

Y se despidieron.

V

ABURRIMIENTO...

El calor apretaba fuerte. En la calle, bajo la reverberación del sol, el asfalto de las calles se reblandecía y los muros de las casas despedían un calor abrasador. Los habitantes de la ciudad aprovechaban el asueto para dirigirse al campo y a las playas...

Mary, después de comer, se encerró en su casa. No tenía dónde ir. Nunca se le había ocurrido aprovechar los días de fiesta yendo a pasear. Sábados y domingos los pasaba recluida en su cuarto, dedicándose a la lectura, a lo que era muy aficionada.

Pero aquella tarde se aburría. Las novelas de los magazines no la interesaban lo más mínimo y, después de leer unos cuantos párrafos, empezaba otra, y otra...

Jim también llegó a su cuarto en cuanto hubo terminado la comida. Durante ésta había estado pensando dedicar la tarde a terminar un aparato de radio, pero no bien hubo

empezado la labor tuvo que desistir porque no tenía ánimo para nada. Se puso a leer, pero no bien fijaba la atención en la lectura, las letras empezaban a moverse como si bailasen una zarabanda. Era una invitación al sueño...

Los ruidos de la calle subían rumorosos hasta la habitación del joven. Era como el jaleo perezoso de la gran ciudad, que invitaba al sueño...

Jim se aburría y buscaba la manera de distraerse cuando, de pronto, llegaron hasta él los estridentes ecos de una música marcial. Se asomó a la ventana. Era el anuncio de un parque de la playa, un gran camión, sobre cuya plataforma tocaban quince o veinte músicos. En la baranda del camión había un cartelón que decía:

¡A DIVERTIRSE!

*Gran fiesta en la playa, hoy, sábado,
3 de julio*

—¿En qué estás pensando, Jim?...—dijo el joven dándose un golpe en la frente, como si acabase de descubrir la cosa más original del mundo—. Te estás aburriendo como una ostra mientras la gente de la playa se está divirtiendo un horror.

Y con el plan hecho, empezó por afeitarse cuidadosamente. En la playa le podía ocurrir alguna aventurilla y no debía perderse por un

descuido personal. Con estas ideas se puso el traje de los domingos. Cuando estuvo vestido se miró al espejo. Estaba bien, lo que se dice bien.

Cualquiera adivina que yo soy un pobre mecánico... Con mi tipo y mis aires distinguidos, la que menos se figurará que soy un noble europeo...

Mary también había visto el anuncio del parque de la playa y, por primera vez desde que estaba en Nueva York, iba ya para cuatro años, se dispuso a mezclarse entre la gente.

Eligió cuidadosamente el vestido. La elección no era muy difícil, porque sus medios no le permitían abarrotar los armarios de ropa, pero Mary tenía un lindo y vaporoso vestido, comprado semanas atrás en unos grandes almacenes, que le caía magníficamente.

—Hoy sí que podré dejarme caer los rizos sobre la frente...—pensaba cuando se ponía el sombrero de ancha ala, transparente, que nimbaba su rostro de una aureola de belleza—. Estoy guapa, guapa de verdad... Estoy segura que hoy conquistaré a más de cuatro...

VI

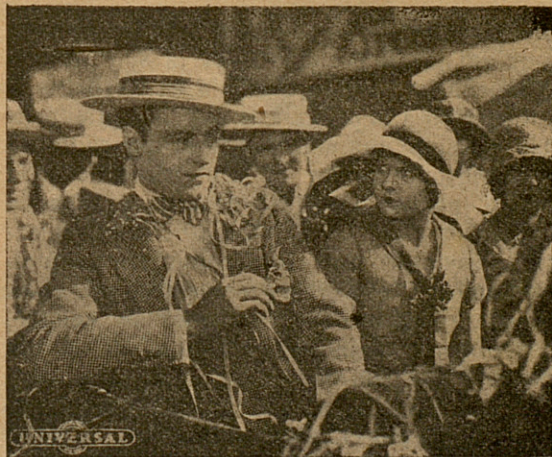
EL PARQUE

Jim salió de su casa con el ánimo dispuesto a hacer una conquista. La vida, tal como hasta entonces se la había tomado, era demasiado aburrida. Era cuestión de echarse una novia, para amenizar las horas de ocio...

Mary salió acariciando los mismos sueños... Su vida era demasiado solitaria. Ella sentía la necesidad de amar a alguien, dedicar a una persona el manantial de cariño de su alma, sentirse protegida de los embates y contingencias de la vida...

Por los invisibles caminos del aire, se tendía un lazo a dos corazones. El destino, travieso y caprichoso, llevaba a Jim y a Mary hacia un mismo punto. No se conocían, pero cada uno iba predispuesto hacia el otro, porque los dos estaban hambrientos de amor...

Jim iba dispuesto a gastarse sus diez dólares en diversiones. En el fondo no le impulsaba más que la melancolía. Quería ver si



El destino, travieso y caprichoso.

emborrachándose entre el fragor del gentío, lograba desvanecer el gusano de la soledad que le corroía el cerebro...

Y la vió a ella. Fué como un deslumbramiento instantáneo; una llamarada súbita que le iluminó el alma con un resplandor que nunca había sentido. Habían hecho el viaje en el mismo autobús. Jim iba en el asiento de detrás y al principio sólo vió ante él un enorme sombrero encarnado; pero, fijándose un poco, empezó a distinguir unos ricitos de pelo negro y, a través del tul de las alas vió el

rostro encantador que jamás había visto y en seguida quedó prendado por la sonrisa que la muchacha llevaba grabada en el rostro.

Llegaron a la playa. Los trenes y autobuses iban dejando una muchedumbre que cada vez se hacía más espesa. El aire estaba lleno de ruidos, gritos, risas, estridencias, música de organillos y de jazz-band, todo ello entremezclado con el isócrono rumor que forma la muchedumbre. Volaban las serpentinas por el aire como caprichosas serpientes de colores, describiendo hermosas parábolas. Había una persistente lluvia de confetti de mil colores y hasta el olfato se sentía agradablemente emborrachado por el acre olor de aceite frito que salía de las buñolerías. En aquel mar tempestuoso de la alegría se metió Mary, y Jim, detrás de ella, para no perderla de vista.

En el fondo, extendíase hasta le línea del horizonte el lago azul cobalto del mar...

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcel a

VII

AMIGOS...

Poco le costó a Mary darse cuenta de que la seguían. En un principio, la molestó y trató de escabullirse, pero su perseguidor no la perdía de vista.

Mary se detuvo ante uno de los aparatos para probar la fuerza. Jim, para significarse, quiso hacer ostentación de la suya y, al coger el mazo, ella se escapó.

Por fin, después de mil rodeos, se encontraron los dos en la plaza y Jim empezó a hacer juegos de acrobacia hasta que logró que ella se sonriera.

—Habrá usted visto que yo ando de cabeza —dijo él, entablado el diálogo.

Ella se humanizó un poco y media hora después eran los dos los más amigos del mundo.

—Y me llamo Jim. ¿Y usted?

—Yo... María...

—¿Y qué más?...

—¿Le parece poco María? ¿Es que piensa sacarme el padrón?

—No... Me conformo sólo con Mary...

—¿Quiere usted poner más salado el mar?
—propuso Jim, invitándola a bañarse.

Después de dar unas zambullidas, volvieron a sentarse en la arena.

—Mi jefe—dijo Jim en plan de darse importancia—quería que le acompañara a su finca de Long Island... Pero, la verdad... ¡me molesta la multitud!

—Lo mismo me pasa a mí... La gente de sociedad me aburre soberanamente... Hoy dejé todos mis compromisos para estar un rato a solas...

Y cada uno empezó a volcar el caudal de su imaginación, contando lo que habrían deseado ser y ocultando lo que eran en la realidad.

VIII

NOVIOS...

Cuando ya el sol declinaba por Occidente, a la melancólica luz crepuscular, cuando parece que el espíritu se satura de ternezas y la conversación se hace más confidencial y somos más sinceros, Jim dijo la verdad:

—Oiga, Mary... Yo no soy más que un pobre obrero mecánico... Y estoy tan solo y tan aburrido, que ya no sé qué hacer.

—Pues bien, franqueza por franqueza—re-



Y dió la casualidad de que lo encontraron.

puso ella—. Yo no soy más que una telefonista...

—Mary—dijo él oprimiéndole una mano, que ella había abandonado entre las del joven—. Mary, toda la vida no voy a andar manejando un taladro... Estoy siguiendo un curso por correspondencia y algún día seré jefe de taller y entonces...

—¡Oh, Jim!—exclamó ella interrumpiéndolo—. ¡He perdido mi anillo!

—No se apure, lo encontraremos... ¿Qué clase de sortija era?

—Un anillo de boda...

A Jim se le vino el mundo encima... ¡Es casada!, pensó para sus adentros. Con el ánimo deprimido empezó a buscar el anillo y dió la casualidad de que lo encontraron.

—Era de mi pobre madre...—dijo ella.

Jim volvió a recobrar la alegría y se puso alegre; pero después tuvo una racha de melancolía.

—Parece mentira—dijo—que un hombre pueda estar tan solo en el mundo, rodeado de tanta gente...

—¡Yo también sé lo que es eso!

—De hoy en adelante, ya no estaremos solos, ¿verdad, Mary?

Y sus bocas se juntaron y brotó el beso, el primer beso de amor...

IX

PERDIDOS EN EL DESIERTO DE LA MULTITUD

Se divertieron desenfrenadamente. Cada uno había encontrado lo que le faltaba para ver la vida de distinta manera. Desde aquel momento, sus vidas tenían una razón de ser, una finalidad...



Iban como dos chiquillos.

Después del baño, fueron a recorrer diversas atracciones. Iban como dos chiquillos, de-rochando alegría por todos los poros de su piel, hasta que sobrevino el accidente.

Fué cuando iban en las montañas rusas... No habían podido tomar el mismo coche a causa de la aglomeración del público. Cuando llegaban al final del trayecto el coche en que iba ella empezó a arder. Mary se desmayó. Cuando llegaron al punto de parada, la depositaron en un banco. Los policías forma-

ron un corro para evitar que la gente se aglomerara alrededor del banco. Jim quiso romper el cerco y uno de los guardias se opuso:

—¡No se pasa!

—¡Eso se lo cuenta usted al sargento!—exclamó Jim forcejeando.

Le detuvieron. Se lo llevaron a la Delegación. Allí compareció ante el comisario, al que refirió lo ocurrido.

—¿Y cómo se llama su novia?

—Mary.

—Mary, ¿y qué más?

—No lo sé, sargento. Nos hemos conocido esta tarde, pero yo le juro que es la mujer que había soñado y si me detienen la perderé para siempre.

El sargento, hombre comprensivo, le dejó ir. Cuando Jim llegó al sitio donde la había dejado, la joven ya se había ido. Creyó que Jim la había abandonado...

Entonces empezaron a deambular a través de la multitud, buscándose en vano. Mag, desalentada, empezó a buscar, sin saber lo que buscaba...

Empezó a llover... Insensiblemente, el cielo se había poblado de plumizas nubes y se fraguaba una tempestad... Todo el mundo corría buscando donde guarecerse, en tanto que él y ella se buscaban entre la dispersa muchedumbre.



...buscándose en vano.

X

DESPUES DE LA TEMPESTAD

Mary llegó a su casa completamente mojada. Estaba rendida de cansancio y se apoyó en la cómoda. Por la tarde, Jim había sacado en el tiro al blanco una muñequita de biscuit y era el único recuerdo que de él conservaba.

Depositó la figurita en el borde de la cómoda y la contempló breves instantes. La mu-

ñeca se había borrado y los colores de su infantil rostro se habían borrado... ¡Como ella, exactamente como ella!

Al hacer un movimiento, hizo caer a la figurita, que se hizo pedazos. Mary la contempló desolada... ¡Como ella, exactamente como ella! Mary también había visto su ilusión hecha pedazos.

Se dejó caer sobre el borde de la cama y empezó a evocar las incidencias de la tarde. Había sido el día más feliz de su vida. Había encontrado el hombre que soñaba y, finalmente, le había perdido. Por su mente fueron desfilando los pequeños episodios de esta tarde inolvidable y cerró los ojos por ver mejor la imagen de Jim...

En tanto, éste regresaba a su cuarto. De su mente no se apartaba el recuerdo de Mary. ¿Qué hacer para encontrarla? No había manera. Se habían perdido en la gran ciudad, en medio de la inmensa soledad de la muchedumbre, y ya no se encontrarían más.

Llegó a su casa, evocando, también, los recuerdos de horas antes, los mil incidentes de la tarde... ¡Todo sólo había sido una ilusión! ¡Pero qué ilusión más bella!

Habían bailado un vals, del que Jim tenía un disco, y en cuanto llegó a su casa lo puso



...evocando los recuerdos.

en el gramófono, para evocar mejor las sensaciones. Sentíala abandonada en sus brazos, el calor de sus mejillas, su perfume...

Mary, en su cuarto, lloraba cuando en la habitación de al lado empezaron a tocar el vals que había bailado con Jim. Esto la puso nerviosa y, levantándose, empezó a golpear con fuerza la pared medianera.

—¡No toquen eso! ¡No toquen eso!—gimió.

Casi inmediatamente dejó de oírse el gramófono y alguien llamó a su cuarto. Era Jim, que venía a decir a su vecina que él, en su casa, hacía lo que le daba la gana.

—¡Mary!

—¡Jim!

Estas dos palabras fueron dos explosiones que salieron del alma de cada cual. Ella iba a desvanecerse. El la cogió en brazos y estampó un beso en sus labios.

—¡Mary... alma mía! ¡Dios ha querido que nos volviésemos a encontrar!...

—¡Qué casualidad, Jim, qué extraña casualidad!...

—Eso es la vida, nenita... Nosotros salíamos a buscar la felicidad fuera de casa y la teníamos aquí... Yo nunca te había visto.

—Pues hace tres meses que vivo aquí...

Una vez más calmados, hablaron largamente, fraguando proyectos para el porvenir.

Había pasado la tempestad. El cielo estaba resplandeciente y el aire había refrescado. Se asomaron a la ventana. Por abajo, en lo profundo de la calle que parecía un canal inmenso, discurría la gente, formando un hervor como de tempestad, en el que se confundían todos los rumores y los ruidos dispersos.

—Por ahí van muchos que son como tú y yo... Tienen la desazón de la soledad en que viven y sienten el aburrimiento inmenso que rodea a todos los que viven sin amor.

—Es cierto... es cierto...—asintió ella.

—Nosotros ya nos hemos encontrado. El Destino nos ha juntado para siempre... ¿Verdad que es para siempre?...

Por toda contestación ella le miró largamente y a través de sus brillantes ojos fulguró una llama de amor. ¡Qué novedad para Jim!

—Yo nunca había tenido novia... ¿Y tú?

—Yo, tampoco...

—Apenas nos conocemos y a mí ya me parece que toda la vida hemos estado juntos.

—A mí también... Eso es el amor...

—Yo tengo algún dinero... Nos podemos casar en seguida. Y no tengo que dar cuentas a nadie. ¿Y tú... tienes familia?

—Estoy sola...

Guardaron silencio. Sus ojos seguían distraídamente el incesante fluir de la muchedumbre a través de la calle. Jim la cogió una mano y se la besó.

—Si ahora no te hubiera encontrado, ¿que habría sido de mí?

—Estaba pensando lo mismo...—dijo ella.

—A mí me parece que nos habríamos resignado... Ha de ocurrir muchas veces eso

de que uno vea pasar la felicidad por su lado y cuando vaya a cogerla se le escape... se le pierda estúpidamente...

—Vamos a ver...—dijo Jim después de una pausa—. ¿Cómo te gusta a ti el jamón?

—Con huevos... ¿Y a ti?

—A mí también. ¡Qué casualidad! ¿Qué te parece si ahora mismo nos mudásemos de ropa y saliéramos por ahí a cenar un poco?...

—Lo que tú quieras...

—Pues, andando.

Tres semanas después, el novel matrimonio sólo ocupaba una habitación. Unos tiestos de flores adornaban la ventana, por la que entraba el sol a raudales. Desde aquel día, Jim y Mary ya no volvieron a sentir la desazón de estar solos en la gran metrópoli de más de ocho millones de habitantes...

FIN

PUBLICACIONES DIVERSAS

30 céntimos ejemplar

Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano
Lo que dicen las pantorrillas
La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"

Como debe escribirse al ser adorado
Los de Gutierrez en la Exposición
El Perfecto Galante
Tenéis el cabello castaño?
Es usted rubia? Es usted rubio?

25 céntimos ejemplar

Verdadera interpretación de
los sueños

Chistes buenos

Chistes malos

Chistes y colmos

Cuenticos baturros

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Enviamos números sueltos y colecciones completas, previo
pago del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis